

## **Karen Verónica Martínez Hernández**

Karen Verónica Martínez Hernández es originaria de Tegucigalpa. Es madre de cuatro hijos. Es abogada y miembro activo de la Policía Nacional de Honduras, donde actualmente tiene el grado de inspector. Actualmente trabaja en su primer libro, en el que cuenta sus memorias: “Corazón blindado”.

### **Comentario**

La escritura de una autobiografía puede servir para saber cómo hemos llegado a ser lo que somos. No tiene por qué ser un simple registro de acontecimientos, puede convertirse en una disección de nuestro pasado, en una exploración de los hechos que han marcado nuestra vida; vista así, se trata de una explicación que se busca en el proceso creativo. Al final, a los otros les mostramos una construcción que hemos hecho sobre nosotros mismos. A diferencia de la vida, que es impredecible, en una autobiografía es fácilmente entendible la serie de causalidades que nos han conducido al momento en que escribimos. En ese momento es cuando definimos lo que fuimos y lo que somos. Karen Verónica Martínez Hernández busca esto en “Corazón blindado”: dar

## **Azul espejo**

testimonio de cómo se ha hecho a sí misma. La mujer que se cuenta se abre camino en la adversidad, alcanza sus sueños, es madre, policía, ayuda a otros y se hace mejor con cada cosa que vive. Para acercarnos a este personal universo, en esta antología publicamos los dos primeros capítulos de lo escrito por Martínez Hernández.

## Donde empezó todo

Hay recuerdos que no se borran jamás. No porque hayan sido grandes acontecimientos, sino porque sembraron en silencio una semilla que con el tiempo se volvió destino.

Yo tenía ocho años y mi hermano apenas seis. Íbamos juntos en un bus de la ruta urbana, sentados al lado de la ventana mientras avanzábamos hacia el Reparto por Arriba. Éramos tan pequeños, tan inocentes y, al mismo tiempo, tan valientes sin saberlo. A esa edad ya nos movíamos por la ciudad como si la entiésemos, aunque por dentro sólo buscábamos sentirnos a salvo.

Recuerdo perfectamente ese momento. El sol entraba a través del vidrio, iluminando mi rostro mientras mis ojos se perdían en la calle. De pronto, los vi. Dos policías parados en la acera. Pero no eran sólo dos uniformes cualesquiera... entre ellos una mujer.

Policía femenina. La primera que mis ojos veían. Se erguía con firmeza, con una expresión de autoridad que no dejaba de ser femenina. Tenía algo que me dejó sin aliento. Fuerza, decisión, presencia. Algo dentro de mí se encendió. En ese instante lo supe, como una promesa que no se dice en voz alta, pero que se graba en el alma. "Un día seré como ella. Un día seré policía. Y salvaré muchas

## Azul espejo

vidas".

No sé cómo explicarlo... Fue como si esa imagen le diera sentido a todo lo que yo sentía y aún no comprendía. Tal vez fue el primer momento en el que me sentí inspirada. Tal vez fue cuando, sin saberlo, le puse nombre a mi propósito. No era un sueño infantil. Era una convicción.

Desde ese día empecé a ver el mundo con otros ojos. Sabía que quería ser fuerte, valiente, útil. Que quería proteger. Que quería marcar una diferencia.

Y aunque aún me faltaba vivir mucho —caídas, amores equivocados, maternidades tempranas, lágrimas silenciosas—, esa imagen nunca me abandonó. Esa mujer en uniforme se convirtió en un faro. Y cada vez que dudaba de mí, volvía a ese día. A ese sol que me acariciaba la cara mientras la niña que era decidía quién sería.

Ese fue el comienzo de todo. No sólo de mi historia, sino de mi vocación. De la mujer que hoy escribe estas líneas, con el alma llena de cicatrices... y de vida.

Entonces ocurrió algo inesperado: ambos subieron al bus. Sentí cómo mi corazón se aceleraba mientras caminaban por el pasillo. Pero mis ojos no podían apartarse de ella. La miré de principio a fin. La forma en que sostenía su arma, su postura segura, el respeto que imponía con sólo estar allí... Era como si el mundo se detuviera sólo para que yo la viera.

No pude dejar de mirarla. Y en ese momento sentí una ilusión tan grande que el pecho apenas podía contenerla.

"Un día seré como ella. Un día seré policía... y salvaré muchas vidas". Me lo prometí en silencio. Esa promesa no necesitó palabras, pero se quedó en mí para siempre. Desde ese día, cada vez que alguien me preguntaba qué quería ser cuando fuera grande, respondía con firmeza: "Policía y abogada". Lo decía con orgullo, con la inocencia de quien no sabe aún las vueltas que dará la vida... pero con la seguridad de que ese deseo nacía del alma.

Años más tarde, ese sueño que comenzó en un asiento de bus se volvió realidad. Cumplí ambas promesas: fui policía. Fui abogada. Y salvé muchas vidas. Nunca olvidé ese día porque fue ahí donde nació todo. Donde nació la mujer que un día, sin saberlo, empezaría a escribir esta historia.

### Convertirme en madre

Hay decisiones que uno planea y otras que simplemente llegan... y te transforman para siempre.

Me convertí en madre siendo casi una niña. No sé si alguna vez estuve preparada, pero sí sé que ese momento partió mi vida en dos. Antes de ser mamá, mis preocupaciones eran otras. Después, todo cambió. El miedo se volvió más real, pero también el amor.

Recuerdo ese primer embarazo como un torbellino de emociones. Tenía el cuerpo de una joven y el corazón lleno de preguntas. Había noches en las que me abrazaba el miedo y otras en las que me hablaba al vientre con ternura, pidiéndole al universo que me diera fuerzas. Porque sabía, muy dentro de mí, que ya no podía vivir sólo por mí... ahora tenía que cuidar, proteger, amar y sobrevivir por alguien más.

Cuando nació mi hija Diana sentí algo que no se puede explicar con palabras. Era como si el mundo se detuviera. Como si mi alma hubiera encontrado por fin una razón para quedarse entera. Su llanto fue el primer sonido que me hizo sentir madre... y valiente.

A su lado crecí. Aprendí a hacer con amor lo que no sabía hacer con experiencia. Me equivoqué muchas

veces, pero jamás dejé de intentar ser la madre que ella merecía.

Después llegarían mis otros tres hijos: Christopher, Hetzer y Karen. Cada uno trajo consigo una enseñanza nueva, un espejo distinto. Con ellos aprendí que el amor se multiplica, no se divide. Que se puede estar cansada, herida, agotada... y aun así tener fuerzas para seguir luchando solo por verlos bien.

Pero ser madre trabajadora nunca es fácil. Y ser madre policía lo es aún menos. Después del nacimiento, todas las madres sufrimos al tener que dejar a nuestros hijos para volver al trabajo. Pero para una mujer policía es doblemente difícil. No sólo se trata de dejarlos unas horas, sino de saber que muchas veces no volverás en la noche, que no podrás arrullarlos ni verlos dormir. Que estarás en la calle sirviendo a los demás, mientras tu hijo necesita una madre presente.

Falté a muchas citas médicas, a vacunas, a controles importantes... y eso, aunque sé que era necesario, dolía en el alma. Mis hijos nacieron prematuros. Frágiles, pequeños, valientes desde el primer día. Y aun así, muchas veces no pude estar a su lado en los momentos más delicados. Tenía que trabajar, tenía que luchar por ellos, tenía que salir cada día con la promesa de regresar... aunque no siempre fuera posible.

La maternidad me hizo mujer antes de tiempo.

## **Azul espejo**

Pero también me dio un motivo para no rendirme nunca. Ser madre me enseñó que el verdadero valor no está en lo que se da, sino en lo que se entrega con el alma. Y yo, a mis hijos, les he entregado todo.